

Diócesis de Jaén
Curso Pastoral 2021-2022
Fase Diocesana del Sínodo 2021-2023
Cuarto encuentro sinodal
CORRESPONSABILIDAD Y DIÁLOGO
Enero de 2022
Guion para el diálogo. Cuestionario



Recordemos que la pretensión de este diálogo en grupo pequeño no es responder a todas las preguntas de los cuestionarios, como si se tratara de rellenar un examen o una encuesta, sino de elegir aquellas que puedan ser más relevantes en el contexto local. También se pueden plantear otras preguntas: habría que poner énfasis no tanto en dialogar de cuestiones doctrinales o teóricas cuanto en compartir historias personales y experiencias de la vida real.

Suponemos que los integrantes del grupo han leído el documento para preparar la reunión; de todas formas, ofrecemos de nuevo aquí el texto del mismo, como introducción a las preguntas del cuestionario.

1) Ser corresponsables en la misión

1. Discípulos misioneros

En la **Exhortación Apostólica del Papa Francisco *Evangelii Gaudium***, leemos: “todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos *discípulos* y *misioneros*, sino que somos siempre **discípulos misioneros**” (EG 120). Esto nos enseña una cosa muy importante: somos Pueblo de Dios, invitados a vivir la fe, no de forma individual ni aislada, sino en comunidad, como pueblo amado de Dios. La Iglesia es una comunión de personas que, por la acción del Espíritu Santo, formamos el Pueblo de Dios. Eso significa que todos, desde el Papa hasta el último niño bautizado, estamos llamados a cumplir el mandato de evangelizar. Vivir en comunión es hacer misión. Alegrémonos, pues, de pertenecer al único pueblo de Dios que según las palabras del apóstol san Pedro, ha sido “adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa” (1Pe 2,9). Demos gracias por ello.

2. El testimonio de los evangelios

Recorriendo **los evangelios** salta a la vista cómo Jesús asocia a los suyos en su misión. Aquí hay algunos ejemplos:

- 1) Los Apóstoles, están siempre al lado del Señor apoyándolo en sus acciones.
- 2) Los “setenta y dos” son enviados para predicar en los lugares que él después visitaría: “designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él” (Lc 10,1).
- 3) Algunas mujeres colaboradoras lo seguían y le servían: “Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes” (Lc 8,3). Sobresalen figuras como la de la samaritana cuya conversión lleva al Señor a toda la ciudad (Jn 4,28-30); María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, que reciben, las primeras, el encargo de anunciar la resurrección del Señor a los discípulos (ver Mc 16,1ss).
- 4) Lo expresado al final del evangelio de Mateo es importante por cuanto muestra que la misión del discípulo encomendada por el Resucitado a cada discípulo es la de hacer discípulos a todos los pueblos, enseñándoles a guardar todo lo que Jesús ha enseñado (ver Mt 28,19-20).

3. El ejemplo de las primeras comunidades cristianas

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos propone el ejemplo de las primeras comunidades cristianas: “los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común” (Hch 2,44); “con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2,46). En estas comunidades, junto a las figuras de **autoridad**, el Espíritu suscitaba **distintos carismas y ministerios**. Por lo tanto, se puede afirmar que todos los miembros de las comunidades de la primera generación cristiana se sentían llamados a participar activamente en la vida de la Iglesia y gozaban de una misma dignidad: eran corresponsables en lo referido a la asistencia y la hospitalidad, en la ayuda económica a los apóstoles y a las iglesias locales necesitadas y en la evangelización mediante la palabra y las obras.

4. Llamados a la corresponsabilidad en la misión

Hoy, como entonces, el Pueblo de Dios ha de ser misionero y santo, constituido por hombres y mujeres con diversidad de vocaciones, carismas y ministerios, llamados a ser seguidores de Jesús para llevar el Evangelio hasta los confines del mundo, con unas señas de identidad bien marcadas: la vida comunitaria, la celebración de la fe, especialmente la eucaristía, y el servicio generoso para el bien del mundo. Los cristianos laicos, por ser bautizados, participan activamente en la triple tarea evangelizadora: profética, litúrgica y caritativo-social. Hay diversidad de ministerios, pero

una misma misión. Cada uno, en nuestra comunidad parroquial debe ser discípulo misionero con la mirada puesta en Jesús y mirando la vida desde el punto de vista de Jesús; debe ser consciente de la propia vocación, agradeciendo el don que del Señor ha recibido, deseoso de vivir en comunión con los otros cristianos que tienen otras vocaciones dentro del Pueblo de Dios y con una vida entregada a los demás. La corresponsabilidad significa que los laicos tenemos que **trabajar juntos y sentirnos responsables, junto con los otros** que caminan con nosotros y comparten la fe cotidianamente, de que la misión encomendada por Jesús a la Iglesia se lleva a cabo.

5. Los dones regalados por Dios al servicio de los demás

En la Iglesia de comunión sabemos que **Dios regala sus dones a cada uno de nosotros, sus fieles cristianos, para ponerlos al servicio de los demás y de la misión.** Todos estamos invitados a tener un papel activo en la Iglesia y en el mundo, cada uno según su propia vocación. El gran reto que hoy se le presenta a la vida de la Iglesia es intensificar la mutua colaboración de todos en el testimonio evangelizador a partir de los dones y de los roles de cada uno.

El protagonismo del laicado brota del don de la vocación laical y se hace concreto en la responsabilidad que toda vocación conlleva. **La responsabilidad de unos está unida a las responsabilidades de otros.** En la Iglesia nos necesitamos todos. No podemos excluir a nadie y nadie puede excluirse. La Iglesia es obra del Espíritu Santo, que Jesús nos ha enviado para reunirnos. La Iglesia es precisamente el trabajo del Espíritu en la comunidad cristiana, en la vida comunitaria. El protagonismo del laicado se ejerce en la familia, en las parroquias, en los colegios y universidades, en los hospitales, en los programas de acción social, en los medios de comunicación, en la política, en el mundo profesional, en las empresas, en la calle, entre los vecinos... En toda realidad humana se tiene que ver el protagonismo laical. Los fieles laicos estamos llamados a vivir la corresponsabilidad real. Hemos de ser actores de la vida eclesial y no simplemente destinatarios.

6. Corresponsabilidad, unidad y compromiso

Tenemos un reto importante: mantener la unidad. **La Iglesia no es el resultado de una suma de individuos, sino una unidad entre quienes nos alimentamos de la única Palabra de Dios y del único Pan de vida.** La comunión y la unidad de la Iglesia, que nacen de la escucha de la Palabra y de la eucaristía, son una realidad de la que debemos tener cada vez mayor conciencia. Necesitamos promover un cambio de mentalidad en el laicado, que ha de pasar de ser considerado actor secundario de la Iglesia o colaboradores del clero a reconocerse realmente como corresponsable de lo que la Iglesia es y de su misión en el mundo. La Iglesia necesita un laicado maduro y comprometido. Esta conciencia de ser Iglesia, común a todos los

bautizados, no disminuye la responsabilidad de los párrocos. Ni suplanta el papel de los consagrados.

2) Dialogar en la Iglesia y en la sociedad

La sinodalidad significa diálogo. No podemos caminar unidos si no somos capaces de entrar, **en el seno de la parroquia o de la diócesis**, en un proceso en el que la comunión se construye a través del diálogo con quienes comparten el mismo espacio vital y celebrativo. Las diversas vocaciones y misiones no son compartimentos estancos en los que cada uno hace lo que puede o lo que sabe o lo que quiere. Tenemos cada persona y cada grupo una tarea específica, una misión particular, pero todas ellas nos remiten a una misión y a un encargo común. El diálogo entre nosotros nos ayuda a establecer sinergias, a aunar esfuerzos, a clarificar metas, a compartir caminos.

Por otra parte, el **diálogo con el mundo** forma parte de la pregunta sobre la voluntad de Dios en cada momento de la historia humana, tal como queda expresada en su Palabra, tanto en el Antiguo Testamento como en el Evangelio de Cristo.

Ahora bien, para poder dialogar con la sociedad y, sobre todo, con los que no piensan como nosotros, en primer lugar, hay que amarlos. La Iglesia no debe condenar el mundo que el Hijo de Dios ha venido a salvar, sino que debe aceptar y amar la sociedad actual porque es la nuestra y porque, en ella, las mujeres y los hombres de buena voluntad se esfuerzan por descubrir la verdad y el bien. De alguna manera, como afirmaba San Pablo VI, la Iglesia de hoy debe reproducir aquel diálogo de amor entre Dios y la humanidad que ha tenido lugar a lo largo de toda la historia de la salvación, porque el designio del Dios se revela al abrigo de un diálogo entre Creador y criatura, que encuentra su punto culminante en el momento que María, la doncella de Nazaret, pronuncia su sí.

Es preciso que en nuestra Iglesia se potencien las instituciones ya existentes para el diálogo entre la fe y la cultura y que se creen nuevas allí donde no existan y sean necesarias, de manera que se establezca un terreno común de colaboración en el nivel cultural, especialmente en cuanto a los derechos y valores humanos y los progresos de la cultura.

Pero no basta con crear estructuras, se necesitan, ante todo, unas actitudes para acudir al diálogo: sobriedad, solidaridad, visión positiva, gratuidad, disposición al compromiso y la participación en la vida asociativa y política, y libertad ante los nuevos ídolos sociales. La Iglesia debería ser el pueblo escucha el Evangelio de la paz, rechaza el conflicto, promueve el perdón y la reconciliación, busca rehacer lo que se ha roto y construye puentes allí donde se alzan muros. Como dice el papa Francisco, "es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones" (EG 239).

3) Dialogar con las otras confesiones cristianas

La historia reciente del diálogo entre cristianos de diversas Iglesias es larga. Tras los acercamientos a cristianos de otras confesiones por parte de los papas del siglo XIX, el movimiento ecuménico surgido sobre todo entre los protestantes dio sus frutos: el Concilio lo calificó como consecuencia de la “acción del Espíritu Santo”. Juan XXIII quiso un concilio para promover la reforma y la unidad de la Iglesia, Pablo VI continuó en esta dirección y el decreto de ecumenismo estableció los “principios católicos”. El ecumenismo es el movimiento surgido, por la gracia del Espíritu Santo, para restablecer la unidad de todos los cristianos. Participan en él los que invocan al Dios Uno y Trino y confiesan que Jesús es el Señor y Salvador. Casi todos, aunque de distinta manera, aspiran a una Iglesia de Dios única y visible.

El Movimiento Ecuménico, surgió en un ambiente protestante y en un contexto misionero, por la necesidad de presentar un frente unido en los países paganos.

El Vaticano II enseñó que existen “elementos de eclesialidad” entre otros cristianos, pero a la vez que la Iglesia de Cristo “subsiste” en la Iglesia católica (LG 8; UR 4.5). En tiempos más recientes, la defensa de la creación y del medio ambiente ha sido también un buen punto de encuentro entre los distintos cristianos.

Con la llegada del nuevo milenio y de la globalización, el mapa ecuménico está cambiando. La Iglesia ha pasado de ser predominantemente eurocéntrica a “mundocéntrica”. Además, el rápido crecimiento de evangélicos y pentecostales ha obligado a la Iglesia católica a entablar conversaciones también con ellos. Por otra parte, el “ecumenismo de la sangre” (lo cristianos de distintas confesiones que están dando la vida por un único Dios y una sola fe) –tal como lo ha llamado el papa Francisco– ha planteado ciertas urgencias y cuestiones distintas a las planteadas anteriormente. Siguen siendo necesarias las tres dimensiones del diálogo: el llamado ecumenismo de las manos, de la cabeza y del corazón, esto es, en cuestiones de cooperación y justicia social, en el diálogo teológico, y en la promoción de la oración y la propia conversión.

Frente a un ecumenismo practicado en el pasado, donde la indiferenciación eclesiológica primaba sobre los demás principios, es propuesta **ahora una “diversidad reconciliada”**, donde cada uno sabe dónde se encuentra respecto a los demás, a la vez que promueve el diálogo en el amor y la verdad. Los gestos y declaraciones de cercanía entre distintas confesiones cristianas se están convirtiendo en una feliz rutina. Al igual que sus predecesores, el papa Francisco está demostrando que el diálogo entre los cristianos de distintas confesiones constituye una de las prioridades de su pontificado. Tras el camino recorrido juntos, con la claridad de ideas aportadas por el concilio, el ardor misionero del pontificado actual, el testimonio de los mártires de todas confesiones y –sobre todo– con la acción del Espíritu, tal vez podrían darse grandes pasos en el acercamiento y comunión entre los cristianos en los próximos años. **Es tarea nuestra aportar a ello nuestro grano de arena.**



1 Dado que todos somos discípulos misioneros, ¿en qué modo se convoca a cada bautizado para ser protagonista de la misión? ¿Cómo sostiene la comunidad a sus propios miembros empeñados en un servicio en la sociedad (en el compromiso social y político, en la investigación científica y en la enseñanza, en la promoción de la justicia social, en la tutela de los derechos humanos y en el cuidado de la Casa común, etc.)? ¿Cómo les ayuda a vivir estos empeños desde una perspectiva misionera?

2 ¿Cuáles son los lugares y las modalidades de diálogo dentro de nuestra Iglesia particular? ¿Cómo se afrontan las divergencias de visiones, los conflictos y las dificultades? ¿Cómo promovemos la colaboración con las diócesis vecinas, con y entre las comunidades religiosas presentes en nuestra diócesis, con y entre las asociaciones y movimientos laicales, etc.? ¿Qué experiencias de diálogo y de tarea compartida llevamos adelante con los creyentes de otras religiones y con los que no creen? ¿Cómo dialoga la Iglesia y cómo aprende de otras instancias de la sociedad: el mundo de la política, de la economía, de la cultura, de la sociedad civil, de los pobres...?

3 Si en nuestra localidad hay comunidades de otras confesiones cristianas, ¿qué relaciones mantenemos con los hermanos y las hermanas de éstas? ¿Qué frutos hemos obtenido de este “caminar juntos”? ¿Qué dificultades nos hemos encontrado? Si en nuestra localidad no hay comunidades de otras confesiones cristianas, ¿qué actitudes descubrimos en nosotros frente a los cristianos que no son católicos?